

Hacia un desarrollo social equitativo y sustentable*

Ángel Gurría

A nombre de México deseo manifestar mi reconocimiento al pueblo y al gobierno de Dinamarca por su hospitalidad y por las facilidades que han brindado a los participantes en esta Reunión Cumbre de Desarrollo Social. Extiendo también este reconocimiento al Secretario General de las Naciones Unidas, por su invaluable aporte a la realización de esta conferencia.

A juicio de México, la celebración de esta Reunión Cumbre es un acto urgente e impostergable para la comunidad de naciones. De nuestro empeño y de nuestra capacidad para sumar voluntades depende que este ejercicio sea en verdad trascendente y productivo. Por primera vez tiene lugar un encuentro de esta magnitud para abordar con una perspectiva global e integral el desafío de estimular un desarrollo social equitativo y sustentable en el mundo.

Fomentar la democracia en lo político y en lo económico

La creciente brecha entre la pobreza y la opulencia supone hoy uno de los retos más considerables a la paz y la seguridad internacionales. Las disparidades constituyen uno de los signos más distintivos de nuestra era. Los notables avances tecnológicos y científicos del último siglo contrastan en forma lacerante con los grandes rezagos y carencias con que hoy vive la mayoría de las naciones del mundo.

Los beneficios del desarrollo y de la riqueza se perciben en un reducido núcleo de países y de sectores sociales. Sobre el total de la población mundial, 1 000 millones de personas concentran 70 % de los recursos e ingresos del planeta. En contraste, uno de cada cuatro seres humanos vive en la extrema pobreza, en

* Palabras del secretario de Relaciones Exteriores de México, en la Reunión Cumbre de Desarrollo Social, que tuvo lugar en Copenhague, Dinamarca, el 12 de marzo de 1995.

condiciones que hacen precaria la propia supervivencia. Las predicciones internacionales mejor sustentadas apuntan hacia una reducción relativa de los enclaves de prosperidad y hacia un crecimiento ostensible de las zonas de marginación e indigencia. Detener y revertir estas tendencias está en el más alto interés de la comunidad de naciones.

Ningún país, en el plano internacional, y ningún individuo, en el plano social, pueden mantenerse ajenos a las consecuencias de esta problemática. La miseria está en la raíz de dificultades que a todos afectan por igual: la explotación irracional de los recursos naturales y el consecuente deterioro del medio ambiente; la violencia y la intranquilidad social que motivan las carencias y la desesperación; las migraciones masivas en búsqueda de mejores oportunidades de empleo y de vida; la expansión de las economías informales, de negocios ilícitos y del subempleo; la sobrepoblación de las urbes, la multiplicación de asentamientos irregulares y la presión demográfica sobre un medio rural cada día más estrecho; las condiciones de insalubridad y la propagación de epidemias. Todos estos desafíos encuentran sustento y origen en condiciones de extrema pobreza. Por contraste, es un hecho que uno de los signos más distintivos de la riqueza, en la actualidad, se mide en función de la capacidad de las naciones y los individuos para aislarse de estas corrientes de pobreza, ya sea viviendo en un suburbio, militarizando las fronteras o enviando asistencia a zonas desoladas del mundo cuando ya es, en la mayoría de los casos, demasiado tarde.

La magnitud de este reto hace necesaria la contribución corresponsable de los gobiernos y sus sociedades, pero también de la acción concertada y decidida entre las naciones. Resulta indispensable consolidar una nueva cultura de solidaridad que no solamente sea un acto ético o humanista, sino una empresa por demás pragmática para asegurar el bienestar y la tranquilidad globales. Frente a esta problemática es preciso fortalecer, revisar y dar un nuevo aliento a la cooperación internacional y a la distribución equitativa de la riqueza. El fomento de la democracia, tanto política como económica, es una tarea impostergradable de la humanidad.

Hacia un nuevo enfoque en las relaciones económicas internacionales

En América Latina existe plena conciencia de que el crecimiento económico por sí mismo, contar con índices macroeconómicos sanos, no es medicina suficiente para combatir el mal de la pobreza. En la segunda mitad del siglo XX, Latinoamérica ha alternado enfoques económicos que privilegian el papel del Estado, con los que alientan el desarrollo libre de las fuerzas del mercado. La región ha aplicado una amplia gama de modelos económicos, sin que sus resultados hayan logrado abatir el déficit social que caracteriza a nuestras sociedades.

A cinco años de concluir el milenio, 46 % de los habitantes de América Latina vive en condiciones de pobreza extrema. Una de cada tres personas en edad de trabajar carece de un empleo permanente. Estas tendencias han ido en aumento a pesar de que en 10 países de la zona existen fondos de solidaridad social y a pesar de que el grueso de las naciones del área ha conducido con éxito sus programas de ajuste estructural, control inflacionario y equilibrio fiscal.

Por ello, a juicio de México, resulta imperativo impulsar un nuevo enfoque en las relaciones económicas internacionales. Un enfoque que engarce políticas demográficas con iniciativas fiscales para la creación de empleos. Ordenamientos internacionales que controlen las ganancias especulativas y privilegien la productividad y la inversión. Mecanismos financieros nacionales e internacionales que fomenten y premien la inversión en educación, en salud, en vivienda y en infraestructura. Que premien también, mediante créditos blandos, programas de desarrollo sustentable y respetuoso del medio ambiente.

Como lo ha señalado el presidente de México, la política social y el combate a la pobreza requieren de una estrategia integral que exige voluntad política, un reordenamiento cuidadoso de las prioridades de cada nación y una mayor responsabilidad internacional. En suma, el llamado de México es hacia una nueva racionalidad económica, tanto en su vertiente interna como mundial.

En el ámbito internacional, ello implica la construcción de un sistema de comercio justo y equitativo, que además de infundir un renovado impulso a los intercambios, estimule el acceso a los mercados, fomente la productividad, el empleo y se convierta en factor de nivelación entre los distintos grados de desarrollo.

Implica también una revisión profunda de las políticas de cooperación internacional, especialmente de los países donadores. La cooperación internacional se ha venido advirtiendo por muchas naciones como una fórmula para crear corrientes de simpatía hacia el gobierno que la proporciona. Es necesario mejorar estos criterios para convertirla en un instrumento eficaz de diplomacia preventiva, de consolidación de los procesos de paz, de fortalecimiento de la democracia y de transferencia de recursos y tecnologías que permitan a cada país construir su propia prosperidad, sin condicionantes y sin la intención de obtener un lucro político.

La nueva racionalidad económica que auspicia México debe también reflejarse en las instituciones y estructuras dedicadas al desarrollo económico mundial. En la revisión de los esquemas emanados de Bretton Woods deben trazarse metas de desarrollo social, en donde la asistencia y la salud financiera se comprendan como un medio y no como el fin último que pretende alcanzarse. La condicionalidad de los paquetes financieros del Fondo Monetario Internacional y de otras instituciones análogas deberán privilegiar el contenido y la orientación social de las políticas

nacionales y no solamente las variables macroeconómicas. Conciliar estos dos aspectos es uno de los retos más importantes que enfrentan los mecanismos financieros y económicos internacionales.

El gobierno de México ha asumido el compromiso de traducir finanzas públicas sanas en un avance tangible de la economía y el bienestar de su sociedad. Impulsaremos estas metas nacionales como miembros responsables de la comunidad de naciones y atendiendo a nuestras obligaciones contraídas con el exterior. Sin embargo, las recientes dificultades financieras que ha vivido México ponen de manifiesto el alto grado de interdependencia que existe entre las economías nacionales y la forma de operación de los mercados internacionales.

En efecto, la reciente crisis mexicana ha tenido un impacto indudable sobre los mercados financieros internacionales, especialmente en los denominados emergentes. Pero lo mismo es cierto en sentido inverso; las dificultades mexicanas han sido exacerbadas por la naturaleza especulativa que han adquirido los mercados internacionales, por la fragilidad e ineficacia de los patrones monetarios mundiales, y por una creciente competencia global por inversiones y créditos que ha acortado sus plazos y ampliado sus márgenes de utilidad. Estas condiciones deben formar parte de la agenda de revisión del sistema de Bretton Woods.

Una nueva conciencia en materia de desarrollo

Desde la perspectiva mexicana, la Cumbre de Copenhague debe dar paso a una nueva conciencia mundial en materia de desarrollo. Pero no debe limitarse a reconocer y precisar las dimensiones de un problema, sino a plantear estrategias para el futuro. Será de la mayor importancia conformar un mecanismo de seguimiento a las resoluciones que aquí se adopten. De ahí que México ratifique la importancia de celebrar el Año Internacional para la Erradicación de la Pobreza en cumplimiento al mandato de la Asamblea General.

México se une a los gobiernos aquí representados para refrendar su solidaridad y compromiso para crear nuevas condiciones de estabilidad y bienestar internacionales. Para renovar el llamado que hace medio siglo se hizo en la Carta de San Francisco para alcanzar “niveles de vida más elevados, trabajo permanente para todos y condiciones de progreso económico y social”. Sólo mediante un impulso decidido y concertado de la comunidad de naciones podremos cristalizar este antiguo, pero a la vez tan vigente anhelo de nuestros pueblos.
